

NEW LEFT REVIEW 109

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2018

| | ARTÍCULO | |
|----------------------------------|----------------------------|-----|
| SUSAN WATKINS | ¿Qué feminismos? | 7 |
| | ENTREVISTA | |
| HERMAN DALY & BENJAMIN KUNKEL | Ecologías de escala | 88 |
| | ARTÍCULO | |
| EMILIE BICKERTON | Un nuevo <i>proletkino</i> | 115 |
| | CRÍTICA | |
| GEOFFREY INGHAM | Finanzas y poder | 137 |
| ALICE BAMFORD | El grabador de Bachelard | 153 |
| PETER MORGAN | Los mundos y las letras | 163 |

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

BENJAMIN KUNKEL

INTRODUCCIÓN A HERMAN DALY

Si la fidelidad al crecimiento del PIB es la religión del mundo moderno, entonces a Herman Daly se le puede considerar sin duda un destacado hereje. Daly es probablemente la figura más sobresaliente de la teoría económica ecológica, un campo al que ha dedicado muchos esfuerzos y sobre el que ha escrito innumerables trabajos, que han conformado el corpus teórico quizá más importante y elocuente producido hasta la fecha en contra del crecimiento económico ilimitado. Nacido en 1938 en Houston, Texas, creció en la ciudad que sufrió en el verano de 2017 la llegada del huracán Harvey y que durante más de medio siglo ha sido la sede central de la industria petrolera estadounidense y el epítome, después de la Segunda Guerra Mundial, de la incontrolada expansión urbana. La devastadora tormenta, engendrada por el cambio climático que afecta a las aguas del Golfo de México, inundó las marismas edificadas de la ciudad y la maraña de autopistas con más de un metro de agua, cobrándose decenas de vidas y provocando daños por valor de decenas de millardos de dólares. Los profetas no pueden esperar honores en su tierra, pero entre las ciudades estadounidenses Houston, en particular, ha ignorado las advertencias de Daly sobre lo que él denomina la «manía del crecimiento», o de manera más neutral, el «crecientismo». La paradoja –el hereje clamando desde la ciudadela– tardó cierto tiempo en madurar, como explica Daly en la entrevista. Una vez que se dio cuenta de que el crecimiento económico no podía continuar sin perder su base ecológica y sus justificaciones morales, llegó a una serie de conclusiones fundamentales. Steady-State Economics (1977) rivaliza en su fuerza visionaria con el programa de pleno empleo de Keynes o con la catalaxia del libre mercado de Hayek, mientras que supera a ambos en la escala de sus implicaciones. Pero esto era solamente un razonamiento abstracto, y dándose cuenta de que el PIB no podía ser desplazado como medida del bienestar social y del progreso sin una alternativa igualmente empírica, Daly propuso en 1989, en colaboración con el filósofo whiteheadeano John Cobb, un Índice del Bienestar Humano Sostenible concebido para valorar la riqueza de las naciones. Más recientemente ha insistido en la posibilidad teórica y en la realidad histórica del «crecimiento antieconómico», que «se verifica cuando los aumentos de la producción se efectúan a expensas de recursos y bienestar que tienen un valor superior al de los elementos producidos». El mundo actual se enfrenta a dos terrores contradictorios: el miedo económico a que el crecimiento llegue pronto a su final y el miedo ecológico a que no llegue. Daly ha concebido una forma de sociedad apartada de esta paradoja, pero no ha logrado vislumbrar la dinámica histórica que despeje el camino hacia ella.

ECOLOGÍAS DE ESCALA

Entrevista de Benjamin Kunkel

Podemos empezar preguntándote sobre tus orígenes, tu educación y tu formación en general. ¿Se preocupaban mucho tus padres por la política? ¿Hubo alguna influencia que contribuyó a conformar tus ideas sobre la ecología y la economía?

NACÍ Y CRECÍ en Houston, Texas. Mi padre tenía una pequeña ferretería, había dejado la escuela en octavo al comienzo de la Gran Depresión. Mi madre había trabajado de secretaria pero su jefe la despidió cuando se quedó embarazada de mí; esto sucedía en 1938. Era duro hacer que la ferretería fuera rentable así que la principal preocupación de mis padres era conseguir el sustento; en su cabeza no había espacio para cuestiones más generales. Yo trabajé en la tienda mientras estaba en secundaria y en la universidad; mi primer diploma lo obtuve en la Rice University, en Houston. La mayoría de la gente que iba allí eran carpinteros, fontaneros y similares. En general, apoyaba al Partido Demócrata, porque parecía más proclive a la clase trabajadora, la gente con la que me identificaba por mi entorno familiar y por el hecho de trabajar en la ferretería. Mi escuela de secundaria estaba al borde de la parte más rica de la ciudad y había chicos de todos los orígenes, así que tuve una perspectiva de todo el abanico social, los ricos, la clase media y los pobres. Realmente no me gustaba el modo de vida de la clase alta. A través de mis padres estaba influido por la iglesia en cuestiones morales.

¿De qué iglesia en concreto se trataba?

La iglesia evangélica reformada, representada por Reinhold Niebuhr, que posteriormente se unió con los congregacionales para formar la Iglesia Unida de Cristo. Era la iglesia que habían traído a Texas los emigrantes alemanes, y ese era también el origen familiar de mi madre. Ya a los cinco años, cantando canciones como «Jesús ama a los niños pequeños,

rojos y amarillos, blancos y negros, todos son preciosos ante Él», podías observar el mundo y ver que las cosas no eran así: «¿Entonces, por qué no puedo jugar con los niños negros?». Así que no tardé mucho en darme cuenta de que las cosas en el mundo real no eran como debían ser. Pero no fue por la educación formal, sino, en realidad, por una canción cantada los domingos en el colegio.

Houston es una ciudad petrolera, una ciudad que ha tenido un crecimiento explosivo y donde la población se ha disparado. Actualmente es la cuarta área urbana de Estados Unidos. ¿Piensas que ello ha influido en tus ideas sobre el crecimiento y la ecología?

También es la sede de Enron. Yo tuve una buena dosis de nuevos ricos y de la mentalidad del *boom* económico y sentí cierta revulsión contra ese exceso. Pero lo que más me influyó fue viajar por México con un amigo, después de graduarme en el instituto, y ver la pobreza que había allí. Eso era a mediados de la década de 1950. Un montón de clientes de la ferretería eran mexicanos o de países de América Central, de modo que seguí practicando el español que había aprendido cuando volví a casa. La experiencia de la pobreza en México, así como en Texas, fue lo que me llevó a la economía. Pensé que su estudio sería algo útil: el desarrollo como método para curar la pobreza.

¿Fue en la Rice University donde entraste en contacto con los escritos de los economistas políticos clásicos –Smith, Ricardo, Malthus, Mill– sobre el estado estacionario? En aquél momento eran parte del programa académico, aunque no creo que lo fueran ahora.

En efecto, ahora no lo son pero entonces sí. El primer curso que elegí como estudiante fue la historia del pensamiento económico, que apenas se ofrece en la actualidad. Esa fue mi introducción a la idea de los límites del crecimiento. Pensé que era importante: la historia del pensamiento económico incluía a gente que hablaba de cosas importantes, eso fue lo que me convenció para especializarme en teoría económica.

¿Te concentraste especialmente en la idea del estado estacionario o del fin definitivo del crecimiento?

En aquél momento no. Pensaba que era interesante, pero yo consideraba que eran ideas viejas y que la tecnología y el crecimiento eran lo

nuevo. Era el momento en que la teoría económica keynesiana estaba adquiriendo realmente protagonismo en las universidades. La inversión significaba crecimiento, lo que constituía la solución para el desempleo. Recuerdo haber señalado a mis profesores que eso estaba muy bien, pero que hasta cuándo podíamos seguir creciendo. No les interesaba el tema, «el efecto multiplicador se ocupará de eso», lo cual visto en perspectiva, era una respuesta verdaderamente extraña. Pero en aquel momento no tenía suficiente confianza como para plantear más cuestiones, así que dejé de lado el asunto y seguí estudiando la economía del desarrollo. Luego fui a la Vanderbilt University para graduarme, en Nashville, Tennessee.

Estamos en la década de 1960. ¿Te preocupaba que te alistaran para ir a Vietnam?

Bueno, no. Pero tenía la edad adecuada y podían haberlo hecho. La razón por la que no me llamaron era porque no era apto por la amputación de mi brazo izquierdo como consecuencia de la polio. A la edad de ocho años tuve la polio y el verano en que cumplí quince años me amputaron el brazo.

Bueno, te desenvuelves muy bien sin él, ¿no me había dado cuenta!

La amputación no era absolutamente necesaria, pero el brazo estaba atrofiado, solo había piel y hueso, un peso muerto colgando. Ya había gastado demasiada energía tratando de recuperar su uso. Decidí que mejor era dedicarme a cosas que sí podía hacer y dejar de perder el tiempo en cosas que no podía. Afortunadamente mis padres me comprendieron, porque la operación necesitaba de su consentimiento.

Eso es muy interesante, ¿no te importa hablar de ello? El haber tenido la polio de pequeño a menudo parece una importante experiencia para un intelectual o un artista, impone un cierto aislamiento durante una temporada. Las personas que la han sufrido dicen que pasaban mucho tiempo leyendo y pensando. ¿Crees que algo de eso también te pasó a ti?

Sin duda. A los ocho años no podía hacer deporte porque el brazo siempre me dolía. Estaba en Texas, un sitio que se vuelve loco por el deporte y donde el fútbol americano era lo máximo. Como dices, me pasé el tiempo leyendo y disfruté de ello. Eso fue, sin duda, muy importante. Y si piensas en una lección que se pudiera aplicar a la economía, la otra

cosa que aprendí es que algunas cosas son realmente imposibles. En aquél momento la idea habitual era que si tenías la polio se suponía que podías superarla, que si te esforzabas más nada era imposible. En determinado momento me di cuenta que me estaba alimentando de un montón de mentiras bien intencionadas. Algunas cosas son realmente imposibles. Así que me dije a mí mismo que la mejor forma de adaptarte cuando te enfrentas a una imposibilidad es reconocerla y dirigir tu energía hacia cosas buenas que son posibles. Supongo que eso es lo que hice. Ahora podrías dar un salto desde eso a mis posteriores teorías económicas: el crecimiento ilimitado es imposible, así que es mejor adaptarnos a una economía estacionaria. Eso no fue algo de lo que era consciente, pero mirando hacia atrás, si me tumbabas en el diván de un psiquiatra, se le podría ocurrir a él.

*Estudiaste en Vanderbilt con Nicholas Georgescu-Roegen, autor de *The Entropy Law and the Economic Process* (1971) [La ley de la entropía y el proceso económico, 1996] discípulo predilecto de Schumpeter y Leontief y un intelectual fundamental para la teoría económica ecológica y el movimiento del decrecimiento económico. ¿Su presencia en la facultad fue una de los motivos que te llevaron a Vanderbilt?*

No, realmente fue una casualidad. Asistí a sus clases, porque eran obligatorias. Para mí lo más atractivo era que Vanderbilt tenía un programa sobre la teoría económica del desarrollo de América Latina; empecé considerando el desarrollo como la solución para la pobreza.

¿Has pensado que tu vida podría haber sido bastante diferente si no hubieras estudiado con Georgescu? ¿O piensas que de cualquier modo hubieras llegado a las mismas conclusiones?

Es una buena pregunta. ¿Quién sabe? Curiosamente estaban celebrando hace poco un *homenagem* en São Paulo en honor de Georgescu con ocasión del vigésimo aniversario de su muerte. No sé qué hubiera sido diferente sin él. Mi vida habría sido más fácil, pero no hubiera aprendido tanto. Seguramente él fue un genio y un brillante profesor, pero también, quizá por ello, una personalidad difícil.

¿Cuándo se produjo tu reorientación intelectual? ¿Fue algo puntual o se trató de un proceso gradual?

Yo diría que fue gradual. Se produjo en diferentes etapas. Desde un punto de vista teórico, la idea de Georgescu de la ley de la entropía como una base fundamental para encontrar una raíz física del valor en la economía fue muy importante. La fundamentación de la teoría económica en las ciencias físicas –en la física y en las leyes de la termodinámica– me proporcionó un entendimiento más profundo del origen de la escasez y del hecho de que el problema de la escasez no es tan fácil de superar. Sin duda exige algo más que el recurso a la tecnología. Entonces, en 1967, fui al noreste de Brasil, la región más pobre del hemisferio occidental, una cierta clase de Apalaches sureños. La visible explosión de la población allí me causó verdadera impresión; la tasa de crecimiento era muy elevada, con una fuerte diferenciación de clase. La clase alta utilizaba métodos anticonceptivos de modo que podían tener hasta cuatro hijos, mientras que las clases bajas tenían ocho o diez. Yo mantenía una posición casi marxista sobre el tema de la población, aunque una posición que no le hubiera gustado a Marx. En ese momento, en el nordeste de Brasil había un monopolio de clase tanto de los medios de producción como de los medios de controlar la reproducción por medio del acceso a los anticonceptivos, algo que estaba totalmente negado a las clases trabajadoras. El resultado era una reposición permanente del ejército de reserva, ya que los salarios nunca evolucionan al mismo ritmo que el crecimiento de la población, lo cual constituye otra dimensión de la explotación. Volví a considerar el significado de la palabra «proletariado»: *prole* significa niños –en portugués y español ese sentido de la palabra resulta muy evidente, y en inglés seguimos teniendo una conexión con «proliferación»– y los *proletarius*, en la sociedad romana, eran quienes no tenían mas propiedad que sus hijos. Sin embargo, Marx cambió por completo el significado de la palabra, definiendo al proletariado como los no propietarios de los medios de producción.

¿Por qué Brasil?

Mi mujer Marcia es brasileña, aunque la conocí aquí en Nashville donde estaba estudiando. Yo conseguí un trabajo a través de la Fundación Ford para dar clases en la Universidad del estado de Ceará. Mi tarea era preparar a los estudiantes del nordeste del país para salir al extranjero a estudiar económicas y después regresar para trabajar en Brasil. Los estudiantes del nordeste estaban en desventaja en las oposiciones nacionales, así que para ellos esto se trata de un curso especial preparatorio. Este era mi trabajo, por así decir. En determinado momento, los

estudiantes se pusieron en huelga contra la dictadura militar y la universidad cerró sus puertas, de manera que inesperadamente me encontré con dos meses de vacaciones. Los utilicé para emprender un estudio de la población en la zona y para leer y releer todo lo que pude encontrar; John Stuart Mill hablando especialmente sobre el estado estacionario, me causó mucha impresión la segunda vez que lo leí. También *Silent Spring* de Rachel Carson me influyó mucho: la cuestión de las interrelaciones, los circuitos de retroalimentación dentro de un ecosistema. En mi cabeza estas tres cosas –la interpretación de Georgescu de la entropía y la economía, la sociedad brasileña y la ecología de Carson– empezaron a adquirir coherencia. Estaba trabajando en un artículo que trataba de generalizar el modelo *input-output* de Leontief de las interdependencias entre los sectores económicos para incluir a los sectores ecológicos y la relación existente entre ellos, de manera que la economía se convertía en un subconjunto de un ecosistema más amplio. Sorprendentemente, fue publicado por el *Journal of Political Economy* de la Universidad de Chicago, algo que me vino muy bien¹.

Entonces, ¿dirías que el primer aspecto del estado estacionario en el que pensaste fue una reserva estable de gente?

Sí, estudié el modelo demográfico de una población estacionaria, que me parecía muy generalizable para poblaciones de cosas que no fueran cuerpos humanos: objetos, todas las «estructuras disipativas» que tienen índices de nacimientos, mortalidad, expectativas de vida o estructuras de edad. Ambas parecían encajar correctamente.

Para alguien de tu generación, el cambio desde un planteamiento centrado en el crecimiento a un escepticismo sobre la sabiduría esencial del mismo ha tenido que suponer una revolución mental. Creo que la medida sintética del PIB se remonta a la década de 1930, no antes. De las tesis doctorales presentadas en Harvard, muy pocas en 1944 mencionaban el crecimiento económico y diez años después todas lo hacían. Desde luego, para las economías capitalistas, la prosperidad, aunque conceptualmente mal definida, había sido muy importante durante mucho tiempo, por no hablar del beneficio. Pero el propio crecimiento, como un concepto totémico para gobiernos y economistas, ¿era una cosa relativamente nueva después de la guerra?

¹ Herman Daly, «On Economics as a Life Science», *Journal of Political Economy*, vol. 76, núm. 3, mayo-junio de 1968; «The Population Question in Northeast Brazil: Its Economic and Ideological Dimensions», *Economic Development and Cultural Change*, vol. 18, núm. 4, julio de 1970.

Sí, la manía del crecimiento despegó realmente después de la Segunda Guerra Mundial.

«*On Economics as a Life Science*» y tu trabajo sobre población fueron tus primeras publicaciones sobre lo que ahora llamaríamos teoría económica ecológica. Ya había algunos investigadores más trabajando en ese campo, Kenneth Boulding por ejemplo. ¿Considerabas que junto a Boulding y Georgescu pertenecías a una cierta categoría? ¿Qué te parece Schumacher, fue importante para ti?

A Boulding y a Georgescu los consideraba mis mejores maestros y Georgescu lo fue literalmente. Aunque nunca recibí clases de Boulding leí todo lo que escribía; con los años llegué a conocerlo y aprendí mucho de él. Más tarde también aprendí mucho de Schumacher. Pensaba que *Small Is Beautiful* (1973) [Lo pequeño es hermoso, 2011] era muy importante y lo incluí en un libro que edité, *Towards a Steady-State Economy* (1973). Esa colección de textos reunía obras de Boulding, Georgescu, Schumacher y Garrett Hardin sobre la población y la cuestión de los bienes comunes, y del geólogo Preston Cloud sobre recursos minerales. Todo este trabajo parecía encajar entre sí y dotaba de un fundamento biofísico a la idea de una economía en estado estacionario.

¿El primer libro totalmente tuyo sobre este tema fue *Steady-State Economics*, publicado en 1977?

Sí, ha sufrido varias revisiones y ampliaciones. Creo que la última fue en 1992. El subtítulo original era *The Economics of Biophysical Equilibrium and Moral Growth*.

Algunos de los lectores de tu trabajo detectan cierta orientación religiosa sin que tú hagas ningún énfasis especial sobre ella. Yo realmente no la veo, más allá de tu percepción de que la vida, o una sociedad, deberían tener algún propósito más allá del crecimiento económico.

Eso está bien dicho. En estos días, las universidades estadounidenses, a pesar de sus abrumadores orígenes religiosos, son lugares muy seculares, algo comprensible habida cuenta de que la principal alternativa religiosa que se ofrece actualmente en nuestra cultura es el trumpismo evangélico de derechas. Mis estudiantes y colegas creen mayormente en un materialismo neodarwinista, que me parece que les pone en una

posición bastante difícil cuando se trata de abordar las políticas públicas, que es lo que he estado enseñando en la Maryland School of Public Policy durante la década pasada. Yo les preguntaría: «¿Qué premisas filosóficas necesitas si vas a ser de veras un experto en el ámbito de las políticas públicas? ¿Qué tienes que creer para hacer que sea una empresa razonable?». Mi respuesta es que no puedes ser ni determinista ni nihilista: tienes que creer que hay alternativas reales y tienes que tener un criterio para decir que un futuro es mejor que otro. Creo que esa es la mínima posición filosófico-religiosa que sería coherente con la idea de política pública; está en conflicto con el materialismo «científico» como perspectiva del mundo, aunque no con la propia ciencia. Fui coautor de un libro junto a John Cobb, que trataba sobre las conexiones existentes entre la economía y la ecología, la ética y la religión².

Steady-State Economics debe haberte costado algunos años de trabajo continuado. Es un libro fundamental, filosófico. ¿Dónde estuviste trabajando a la vuelta de Brasil?

Estuve dando clases en la Louisiana State University en Baton Rouge hasta 1988, aunque en 1970 pasé un año en Yale trabajando sobre los temas de población, la ley de la entropía y el medioambiente. El primer artículo que escribí específicamente sobre la idea de la economía de estado estacionario salió de ahí³.

¿Nos puedes decir que es una economía de estado estacionario y qué parámetros institucionales necesitaría?

El estado estacionario proviene de la comprensión de que la economía es un subsistema dentro de otro más amplio, la ecosfera, que es finita, no se expande y está materialmente cerrada. Está abierta al flujo de energía solar, pero el propio sol no crece. Así que esas son las condiciones generales del sistema matriz. Si el subsistema se mantiene en crecimiento, finalmente coincide con todo el sistema matriz y en ese punto tendrá que comportarse como un estado estacionario. Los puristas me obligarían a hablar de un estado cuasi estacionario, porque, desde luego, se verifica un desarrollo, una evolución continua y un cambio cualitativo.

² John Cobb y Herman Daly, *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment and a Sustainable Future*, Boston, 1994.

³ H. Daly, «Towards a Stationary-State Economy», en John Harte y Robert Socolow (eds.), *Patient Earth*, Nueva York, 1971.

Pero la propia Tierra no está volviéndose cuantitativamente más grande, y se llega a un punto en que la expansión de un subsistema invade excesivamente el funcionamiento del sistema en su conjunto. Convertimos una porción demasiado grande de la naturaleza en parte de nosotros mismos y de lo que poseemos y, en consecuencia, no queda suficiente para proporcionar el soporte biofísico de la vida que necesitamos. La teoría económica estándar no dispone de ningún mecanismo para registrar el coste de la escala de la economía en relación a la biosfera. Los precios no lo hacen, porque simplemente miden la escasez de un recurso en relación a otro, pero no la escasez de todos los recursos en relación a la demanda total de la economía.

Efectúas una distinción básica entre crecimiento y desarrollo. ¿Podrías extenderte al respecto?

El crecimiento es un concepto físico. Cuando algo crece se hace más grande, ya sea por asimilación o por acumulación. El desarrollo es un concepto cualitativo, algo mejora, no se hace más grande necesariamente. Evoluciona, cambia, mejora. Como analogías podría hablar de una bola de nieve rodando montaña abajo: representa un simple crecimiento por acumulación, está haciéndose cada vez más grande. Un embrión está creciendo y desarrollándose al mismo tiempo, cambiando cualitativamente a medida que se hace más grande. El planeta Tierra en su conjunto no está creciendo, pero está evolucionando, ya sea de una manera positiva o negativa. Un problema del PIB como medida es que mezcla estos dos procesos que son muy diferentes.

Una vez que el crecimiento biofísico se hubiera detenido, ¿cuál podría ser una medida del desarrollo? ¿Una manera de medir el desarrollo en términos de un aumento de la complejidad o algo parecido?

Eso es algo difícil de hacer, pero es una cuestión importante. Casi por definición, la calidad es fundamentalmente inconmensurable, pero sabemos que algunas cosas son mejores que otras. La complejidad podría ser parte de ello. Por otro lado, la simplicidad podría ser una mejora cualitativa. Realmente todavía no tengo una buena respuesta para este problema. A mi modo de ver, por ahora lo importante es obligarnos a centrar la atención en la dimensión cualitativa limitando la expansión cuantitativa.

Si imaginamos una economía de estado estacionario que es constante en términos de sus inputs y outputs físicos, podemos imaginar que se podría producir algún crecimiento económico en términos de aumento de la eficiencia: la misma cantidad de acero podría utilizarse para producir más coches, las casas podrían calentarse a la misma temperatura utilizando menos electricidad, etcétera. Pero una vez que has alcanzado el punto de máxima eficiencia biofísica, ¿sería capaz el PIB de medir una mejora en la calidad de los servicios?

Esa es una buena pregunta, pero para mí lo importante es limitar la producción física. Si lo haces, lo que suceda con el PIB no tiene demasiada importancia desde una perspectiva medioambiental. Lo que haga la gente con él estará bien. En ese contexto, un razonamiento sobre la soberanía del consumidor tiene sentido, porque ya no habría grandes costes externos de degradación ecológica. Un economista podría sostener que habría soluciones tecnológicas para la utilización de los recursos, así que podríamos dejar de lado las limitaciones sobre la producción. La tecnología es algo que amamos, limitar la producción es algo que odiamos, así que vamos a centrarnos en lo primero. Mi respuesta sería decir que si somos tan buenos en aumentar la productividad de los recursos, ¿por qué poner objeciones a los límites de la producción? Eso obligaría a que el progreso fuera por el camino de la mejora en vez del aumento, elevando los precios de los recursos y aumentando los incentivos para utilizarlos de manera más productiva. Actualmente esto se discute hablando de «desacoplar» el PIB de la producción. Los economistas neoclásicos sostienen que hay un acoplamiento muy laxo entre la producción y el PIB, pero un acoplamiento muy estrecho entre el PIB y el bienestar. Los economistas ecológicos piensan que el acoplamiento de la producción con el PIB es verdaderamente estrecho, mientras que el acoplamiento del PIB con el bienestar es bastante laxo, o incluso inexistente más allá de un cierto umbral de suficiencia.

Limitar la producción biofísica implica lo que es uno de tus parámetros básicos para la economía de estado estacionario: las cuotas de agotamiento. ¿Puedes explicar cómo funcionarían?

La idea es limitar el ritmo de agotamiento, por ejemplo, de los combustibles fósiles. Tenemos algo parecido con los sistemas de limitación y comercio de los derechos de emisión. Los gobiernos pueden dar un paso adelante y decir: los combustibles fósiles siguen en manos privadas, porque no los hemos nacionalizado, pero sí vamos a nacionalizar un

elemento de esos derechos de propiedad: el derecho a decidir su ritmo de agotamiento. Estamos poniendo un límite agregado al derecho de agotar lo que te pertenece. Hay que comprar ese derecho en una licitación ante el gobierno porque el volumen total de agotamiento impone unos costes sociales, que no se reflejan en las decisiones privadas. El dinero que recauda el gobierno de las cuotas de licitación se convierte en un ingreso público. Se podrían utilizar esos ingresos para reducir o eliminar algunos de los impuestos más regresivos que gravan a la parte más pobre de la población. Así que, por un lado, la licitación producirá un alza del precio del petróleo, o del recurso del que se trate, pero las rentas de escasez reflejadas en ese aumento del precio se redistribuyen entre la ciudadanía. O podrían utilizarse para financiar una renta mínima.

¿También estás a favor de un ingreso máximo?

Sí. Existe una amplia aceptación de la idea del ingreso mínimo; incluso Milton Friedman se mostró favorable. ¿Por qué acompañarlo de un ingreso máximo? Si tienes un total limitado y tienes también un ingreso mínimo, eso implica un máximo en alguna parte. La pregunta entonces es: ¿ese máximo debe fijarse de manera que mucha gente pueda recibirlo, o solamente unos pocos? Así que es una cuestión de distribución. No quiero argumentar a favor de la igualdad absoluta, porque crea todo un conjunto de problemas específicos, pero sí quiero argumentar a favor de los límites a la *desigualdad*. ¿Cuáles deberían ser esos límites? En Japón, los ejecutivos de máximo nivel ganan alrededor de diez veces el salario de un trabajador medio; aquí en Estados Unidos la proporción es de cuatrocientas o quinientas veces más.

Hace unos años hubo un referéndum en Suiza que no tuvo éxito, pero que estaba dirigido a limitar la retribución empresarial como un múltiplo del salario más bajo.

Eso es una aproximación de lo que podría suceder. Mucha gente, incluyendo algunos ecologistas, critican la idea de una economía de estado estacionario aduciendo que estaría demasiado orientada hacia el mercado y basada en la mercantilización de la naturaleza. Mi respuesta es que sí, pero eso es más o menos inevitable: pagamos dinero por la comida, pagamos dinero por todos los materiales que necesitamos para vivir, en cierta medida estamos atrapados en este sentido. Pero si estamos obligados a mercantilizar servicios vitales de la naturaleza, más

importante todavía es que debería haber límites para la distribución de la renta. La asignación mediante el mecanismo de los precios es mucho más aceptable en un sistema donde la desigualdad se halle limitada.

¿Qué tipo de cuotas de agotamiento establecerías al margen de las de los combustibles fósiles? La contaminación de las aguas subterráneas o de la capa superficial del suelo sería más difícil de medir. Hablas en términos de producción biofísica, que considera los outputs como un tipo de residuos. Pero desde luego no hay tipos indiferenciados de energía o de residuos. Así que ¿cómo resuelves esto?

Esa es una buena pregunta difícil de responder a la que he estado dándole vueltas. Puedes avanzar mucho solamente con la energía, porque la energía se necesita para extraer todos los materiales que posibilitan la producción. Si empiezas con la energía, y quizá con el agua y minerales fundamentales como el fósforo, eso impondría límites. Yo hago hincapié en cuotas de agotamiento en vez de cuotas de contaminación, porque el agotamiento está más concentrado, espacial y entrópicamente, al comienzo de la producción. Además, si limitas el *input*, en última instancia limitas el *output*, en sentido cuantitativo aunque no cualitativo, sigues teniendo el problema de los contaminantes extremadamente tóxicos que generan los restantes *inputs*.

También podría imaginarse una población de estado estacionario donde la gente empezara a comer más y más carne provocando un importante problema medioambiental.

Esa es una de las cosas que aprendí de Robert Goodland, mi antiguo jefe en el Banco Mundial. Hizo algunos estudios –por su propia iniciativa, no para el Banco– que mostraban que la agricultura, y la ganadería especialmente, son mucho más desastrosas para el medioambiente que la industrialización. Él era vegetariano y yo siempre me he sentido culpable por no serlo, pero habiendo crecido en Texas resulta bastante difícil. Esta es un área donde las acciones individuales pueden tener un efecto acumulativo si la gente reduce su ingesta de carne.

El tercer carril, por así decirlo, de tus tres parámetros institucionales para el estado estacionario –los otros dos son las cuotas de agotamiento y la renta mínima/máxima– es poner un límite a la población. ¿Cómo han evolucionado tus ideas al respecto a lo largo de los años?

La idea tiene su origen con Kenneth Boulding. Él sostenía que el derecho a reproducirse se trata como si fuera un bien libre, pero en realidad impone costes sobre la sociedad. Incluso John Stuart Mill se mostraba firme en este punto: en su ensayo «On liberty», una de las pocas restricciones a la libertad personal que apoyaba era sobre la capacidad para reproducirse. La consideraba una legítima área de preocupación social para el Estado. Boulding proponía una manera democrática de hacerlo: dar a todo el mundo el derecho a reproducirse una vez. Eso te proporciona en términos generales una población de estado estacionario. Pero no todos pueden reproducirse y no todos quieren hacerlo. Entonces pueden redistribuir sus derechos poniéndolos en venta o donándolos, de manera que sigue habiendo un control a escala macro sobre el agregado sin imponer una norma inquebrantable sobre cada una de las personas a nivel micro.

Al presentar tus ideas a la gente he visto que esta es una de las propuestas que encuentran más difíciles de considerar.

Boulding debió tener la misma experiencia, porque cuando presentó la idea por primera vez lo hizo con toda seriedad y unos años después la reformuló como «sugerí de manera un tanto jocosa [...]». Se apartó de la idea en términos de su viabilidad política. Yo tengo instintos similares porque la gente no la quiere. No soy un dictador. Solamente la presento como una idea. Si un día la gente llega a darse cuenta de que es necesario limitar la población total, pero sigue queriendo tener el máximo de libertad individual, entonces que me muestren una manera mejor, ese es mi desafío. Nos podemos fijar en China: con mil millones de personas se aterrorizaron y adoptaron la política del hijo único, un paso muy drástico; no más hermanos y hermanas, tíos y tías, una estructura familiar completamente diferente para todo el país. ¿Hay alguna manera de alcanzar el mismo objetivo que sea menos costosa en términos de libertad individual? Quizá muchos más derechos y educación para las mujeres sería suficiente. Si podemos alcanzar el mismo objetivo con otros medios que sean menos onerosos, estupendo.

Si ya has comprimido los ingresos bastante radicalmente, resulta menos ofensivo que tengas que comprar el derecho a tener un segundo hijo.

Sí, eso es verdad. La gente podría considerarlo y decir, esto es horrible, porque los ricos tendrían una ventaja y siempre podrían comprar más licencias. Pero los ricos siempre tienen ventaja en todo, esa es la esencia

de ser rico. El resultado del plan de Boulding sobre la distribución de los ingresos sería igualador, si los ricos tienen más hijos y los pobres menos. Es la misma lógica que los sistemas de limitación-licitación y comercio, en términos de combinar el control a escala macro con la libertad y variabilidad a escala micro.

Está claro que parte de la antipatía hacia la política de población es una preocupación por la autonomía de la mujer respecto a su propio cuerpo. Con frecuencia también está la respuesta de los progresistas: «La población no es el problema. El problema es el consumo».

El impacto medioambiental es el producto del número de personas por la utilización per cápita del recurso. En otras palabras, tienes dos cifras que se multiplican la una a la otra: ¿cuál es más importante? Si mantienes constante una de ellas y dejas que la otra varíe, sigues multiplicando. Para mí no tiene sentido decir que solamente importa una de ellas. Sin embargo, es algo que se dice de manera muy habitual. Supongo que tendría algún sentido si fuéramos capaces de diferenciar en función de la historia y la geografía, de determinar en qué punto de la historia, o en qué lugar, qué factor merece la mayor atención. En ese sentido diría que seguramente para Estados Unidos el consumo per cápita es el factor crucial; pero seguimos multiplicándolo por la población, de modo que no podemos olvidarla. Por otra parte, en el nordeste de Brasil la población estaba creciendo a un ritmo muy rápido –al menos cuando yo estaba allí–, así que puede que sea este factor al que hay que dedicar más atención.

¿En qué medida piensas que el derecho a tener un hijo es fundamentalmente un derecho de la mujer? Habida cuenta de los cambios sociales que se han producido en las actitudes hacia el matrimonio y la paternidad gay desde los tiempos de Boulding, ¿modificarías la manera en que deberían asignarse los derechos reproductivos?

Esa es una cuestión interesante. Yo no he pensado cómo funcionaría eso en términos del matrimonio gay, porque en última instancia tiene que haber una mujer implicada en algún lugar. Ahora bien, estoy de acuerdo con Boulding en que lo podrías hacer de varias maneras: por ejemplo, podrías dar un derecho de reproducción a cada hombre y mujer, o la cifra que sea, y entonces esas cifras se suman para obtener el total. La otra manera de hacerlo se basa en la idea de que la mujer es el factor limitativo en la reproducción, porque una mujer no puede ser madre

con la misma frecuencia con que un hombre puede ser padre. En ese caso, todos los derechos reproductivos deberían otorgarse a la mujer. Cuando estuve en Yale escribiendo sobre esto me percaté de que había algunas feministas marxistas que aceptaban sin demasiadas tensiones la idea del neomaltusianismo, ya lo hicieras por medio de licencias o simplemente haciendo que la contracepción estuviera más disponible.

Lo que es atractivo de estas propuestas administrativas básicas es que son muy simples, pero producirían un cambio radical. No especificas el nivel en el que se implementarían, pero sí hablas del «gobierno», lo que implica el marco del Estado-nación. Sin embargo, el patrimonio de la reproducción es internacional o universal, como lo son muchos de los recursos como la atmósfera terrestre. Por otra parte, algunos recursos son específicos de países individuales: Chile tiene depósitos de cobre, y puede concebirse una cuota de agotamiento pagada por las minas de cobre chilenas a los chilenos, en vez de al mundo en general. ¿Cómo imaginas que funcionarían estas cuotas de agotamiento y de nacimiento? ¿Habrá mercados nacionales o internacionales? Esto está relacionado con la cuestión del desarrollo desigual: ¿cómo puede producirse el crecimiento y el auge del consumo en las partes más pobres del mundo, mientras en las regiones sobredesarrolladas se produce el decrecimiento?

Empezando por la segunda cuestión, si quieres que el crecimiento continúe en las regiones más pobres pero no en las más ricas, entonces se necesitarán algunas fronteras, porque si todo es un gran sistema es imposible disponer de políticas diferentes para cada una de ellas. Yo he tendido a pensar en términos nacionales, porque ahí es donde tenemos fronteras y la capacidad de imponer leyes, así que yo pondría todo esto en un contexto nacional. ¿Qué haces con las relaciones internacionales y con el comercio internacional? Podrías introducir cuotas de agotamiento sobre tu propia extracción de petróleo, pero eso lo va a encarecer en relación al petróleo importado, así que entonces vas a empezar a importar más. Hay varias maneras de pensar sobre esta cuestión. Un enfoque sería disponer de un arancel igualador.

La dificultad está en que el mundo –y los economistas en especial– ha asumido realmente la idea del libre comercio. Yo debo confesar que fui un partidario del libre comercio durante gran parte de mi carrera; solía disfrutar de enseñar economía internacional a los estudiantes y de demostrar las virtudes de la ventaja comparativa. Pero concluí que había algunas objeciones que no podía responder, así que retrocedí y volví a leer a

Ricardo. En su exposición de la ventaja comparativa asume explícitamente la inmovilidad del capital entre las naciones. Toda la lógica de cada nación especializándose en su propia mercancía y comerciando libremente con las ventajas mutuas garantizadas, solamente funciona si el capital y el trabajo no cruzan las fronteras nacionales. Si el capital tiene libertad para moverse internacionalmente entonces tendrá una ventaja *absoluta*, se dirigirá allí donde sea más barato producir y venderá en cualquier otro lugar del mundo. Pero si el capital no puede cruzar las fronteras nacionales, entonces irá allí donde su utilización sea *relativamente* más productiva, en comparación con otros países, y entonces comerciará con eso. Claramente esta no es la situación actual, así que el supuesto fundamental de la ventaja comparativa no funciona. O bien tenemos una política de limitar la movilidad del capital para mantener el mundo seguro para el comercio de ventaja comparativa o tenemos que aceptar las consecuencias de la ventaja absoluta, es decir, que las ganancias del comercio no necesitan ser mutuas. Resulta absurdo desde un punto de vista lógico defender la movilidad del capital, la deslocalización de la producción, calificándolo de «libre comercio», como a menudo se hace.

¿Puedes imaginar un sistema global de «límite y comercio» [cap-and-trade system] que funcione por encima de los Estados-nación? Un sistema en el que un estadounidense nacido en una sociedad de sobreconsumo está inmediatamente endeudado con alguien, por ejemplo, en la República Centroafricana, y el dinero se transfiere del primero al segundo? ¿O los ingresos de las cuotas de agotamiento acabarían en las cuentas nacionales? Es decir, si Europa, América del Norte y Japón están acusados de tener una productividad biofísica excesiva, ¿cómo se van a pagar esas rentas a escala internacional?

Sí, en última instancia implica algo como un gobierno mundial para administrar semejante cosa. La mejor manera de abordarlo sería teniendo primero sistemas nacionales y después haciendo transferencias entre ellos. Mi idea es que, primero, deberíamos hacer transferencias *dentro* de la nación, porque hay gente sin recursos dentro de Estados Unidos. Sé algo de ellos, siento afinidad con ellos. Después de que hayamos empezado a ocuparnos de los nuestros en cierta medida, entonces, como segundo paso, nos preocuparemos de las desigualdades entre países. Para mí, la idea de integrar todo en un solo sistema global tuvo cierto atractivo, pero no tengo mucha confianza en las instituciones globales, lo cual puede ser resultado de haber pasado seis años en el Banco Mundial. La ONU es un modelo mejor, organizada como una federación

de comunidades nacionales interdependientes. A lo que me opongo es a la visión de la OMC de una sola economía global *integrada*. Creo que ello está actualmente más allá de nuestras posibilidades.

¿Piensas que una economía de estado estacionario es compatible a largo plazo con el capitalismo en el sentido de que el capital seguiría necesitando acumularse, lo cual implica que él por lo menos está creciendo y, sin embargo, la economía no lo haría?

Ahí hay algunos problemas reales. En la medida en que el capitalismo tiene que crecer, entonces es incompatible con el estado estacionario. Si reconoces la necesidad de limitar la producción, entonces el empuje hacia el crecimiento, que proviene de la competencia en los mercados, se topa con una frontera. Yo no adoptaría la posición de que simplemente deberíamos abandonar el capitalismo y optar por el ecosocialismo. Diría que ahora estamos atrapados por el capitalismo así que quitémosle su poder para hacer el mayor daño, lo cual significa la destrucción del medioambiente y la distribución desigual de los ingresos. Si eliminamos del sistema capitalista la capacidad de dañar el medioambiente y de concentrar la riqueza más allá de cualquier lógica, entonces creo que habremos dado un gran paso adelante. ¿Significa eso que has abandonado el capitalismo? En algunos aspectos quizá sí, aunque seguiría existiendo la propiedad privada de los medios de producción. Yo estaría a favor de romper los monopolios y de poner límites a la concentración de la riqueza; me pone furioso cuando el grupo de presión pro «reforma fiscal» quiere suprimir el impuesto de sucesiones. El capitalismo, en el sentido de un capitalismo monopolista financiarizado, orientado hacia el crecimiento continuo y la concentración de la renta, es realmente malo. Si tienes un capitalismo jeffersoniano, a pequeña escala, funcionando dentro de una escala y unos límites distributivos, y quieres llamarlo ecosocialismo, a mí me parece bien.

Parece que en cierta manera tienes mucho respeto por los mercados, no quieres que el tamaño de la economía esté en última instancia dictado por el mercado, pero estás impresionado por la capacidad de los mercados para lograr el óptimo de Pareto, para registrar y optimizar las preferencias de la gente.

Lo tengo si hablamos de los mercados con eme minúscula. Si acabas con el mercado por completo, entonces también vas a acabar con el autoempleo, con el medio de vida de gente que saca un pequeño beneficio a

través del mercado. Compran y venden y en ese proceso intercambian información. Siempre recomiendo a mis amigos socialistas que deberían leer *On the Economic Theory of Socialism* (1938) [*Sobre la teoría económica del socialismo*, 1975], de Oskar Lange, donde esbozaba una cierta clase de socialismo de mercado, demostrando la justicia que se puede generar a través de los mercados. En la Unión Soviética, el comunismo de guerra –la asignación directa mediante la planificación central, sin comprar o vender, el decomiso físico– fue un fracaso. Tuvieron que regresar a la Nueva Política Económica, que se apoyaba en los mercados. Si tratas de librarte de los mercados realmente estás creando un problema. Los mercados pueden ser buenos sirvientes o malos amos.

Parece que una economía de estado estacionario podría describirse en términos marxistas básicos como un simple intercambio de mercancías; en vez de D-M-D', sería M-D-M. Una mercancía adopta brevemente la forma de dinero para convertirse en otro tipo de mercancía de las mismas dimensiones básicas.

Exactamente. Y creo que eso elimina innumerables problemas, porque te centras en el valor de uso, no en el valor de cambio, y el valor de uso siempre tiene un límite, mientras que el valor de cambio se mantiene creciendo indefinidamente. Encaja en el modelo de reproducción simple en vez del de reproducción aumentada. La economía de estado estacionario no puede ser un sistema de acumulación. Tiene que haber una nivelación, como decían los economistas clásicos, en la que la población y la riqueza –sus dimensiones físicas– dejan de crecer, mientras el arte de vivir continúa mejorando. En la Louisiana State University estuve durante una temporada dando clases sobre sistemas económicos comparados e incluí una amplia sección sobre teoría económica marxista. Profundicé mucho en ese terreno y me gustaban muchas cosas de ella; y aún me gustan; pero soy verdaderamente alérgico a algunos aspectos –el materialismo, dialéctico o no, y el determinismo histórico– también la teoría del valor trabajo presenta algunos serios problemas. Lo que tomo de Marx es que existe una cosa que se llama clase social y que existe la explotación a escala de clase. Evidentemente, los economistas clásicos sí reconocían la existencia de las clases, pero no hacían tanto hincapié en el conflicto.

Me llama la atención que Marx sea una figura atípica –si le consideramos uno de los economistas políticos clásicos– al no tener verdaderamente una teoría del estado estacionario ni del fin del crecimiento. Marx parece imaginar que primero el capitalismo colapsa, ya sea por la caída de la tasa de beneficio

o por algún otro factor, y solamente entonces se llegaría algún tipo de límite para el crecimiento.

Sí, en su trabajo Marx no habla mucho sobre los límites del crecimiento, aunque algunos marxistas recientes han profundizado bastante en el tema. Una de las razones de ello es el conflicto entre Marx y Malthus, en el que me interesé pronto en relación a la población. Malthus tenía su lado apologético, pero Marx simplemente *le odiaba*. Creo que la razón era que Marx quería que todo el fundamento de la pobreza estuviera en las relaciones sociales. No quería que tuviera ninguna base en la naturaleza. Si está en la naturaleza, entonces la revolución no va a solucionarla y por ello Malthus era una gran amenaza ideológica. Así que se enfrentó a Malthus y creo que sus argumentos eran bastante débiles. Malthus tenía sus propios problemas, pero lo mismo le pasaba a Marx y Malthus era uno de ellos.

¿Qué piensas del escenario distópico del crecimiento estacionario? ¿Podrías encontrarte con una economía de acumulación esencialmente de suma cero, donde unos obtendrían recursos monetarios mayores y otros menores, pero sin ningún crecimiento en términos del PIB?

Ciertamente no deseamos tener una economía de estado estacionario unida a una creciente desigualdad, porque el crecimiento ha sido nuestra solución para la pobreza; sin crecimiento necesitamos otra solución y tiene que ser la redistribución de una u otra forma. Si simplemente haces que la distribución esté más concentrada, entonces estoy de acuerdo en que eso es realmente distópico. De hecho, parece que esto es lo que ahora estamos experimentando con el crecimiento.

¿En una economía de estado estacionario habría un límite final para el crecimiento en valor económico?

Realmente no lo sé. Los límites claros están en las dimensiones físicas. En cuanto a si hay algún límite a la satisfacción psíquica que uno puede experimentar eso entra dentro de la neurología y la ética. Mi primera idea es que la capacidad del estómago y del sistema nervioso para consumir y sacar placer del consumo probablemente sea limitada, pero no sé cuáles serían los límites.

El libro de André Gorz Métamorphoses du travail (1988) [Metamorfosis del trabajo, 1997] resulta interesante en este sentido. Uno de los argumentos del libro es que un gran terreno de lucha ha sido qué debería ser mercantilizado y qué debería desmercantilizarse. En una economía de estado estacionario podría existir una correspondencia bastante clara entre los valores en dólares y los valores físicos, pueden cambiar un poco, pero es fácil establecer la relación entre ellos. Pero, ¿qué pasa con la economía de servicios? ¿Mercantilizará la gente los aumentos de la satisfacción psíquica de manera que acabarán en una economía de servicios minuciosamente ramificada, o esta se convertirá en un ámbito más o menos desmercantilizado?

Desafortunadamente no conozco la obra de André Gorz, pero en mi carrera tardé en aprender una distinción económica fundamental a la que nunca había prestado suficiente atención: la simple clasificación de los bienes como rivales o no rivales. Lo que encaja en el mercado son los bienes rivales y excluyentes. La «rivalidad» es una propiedad física, yo no puedo ponerme tu camisa al mismo tiempo que te la pones tú, y «excluyente» es un concepto legal: tú tienes el derecho a impedirme que utilice tu camisa o a permitirme hacerlo si así lo deseas. Hay varias combinaciones de estas categorías como la excluyente pero no rival –un bien común de acceso libre, por ejemplo, en la que el mercado es un desastre– y la categoría de los bienes públicos puros que son no rivales y no excluyentes y, además, la no rival pero excluyente. Esta última combinación es apremiante ahora en el área de la información, específicamente en Internet. Están intentando imponer la exclusión legal en un sistema físico que es básicamente no rival. No creo que eso funcione. La teoría económica ecológica ha reflexionado preponderantemente en torno a la tragedia de los comunes para comprender cómo puede evitarse el acceso libre a recursos rivales. Al mismo tiempo, está la otra cara, evitar el cercamiento de bienes verdaderamente no rivales. Estos son, en cierto sentido, problemas opuestos. Especialmente a medida que crece la así llamada economía de la información, la «no rivalidad» básica del conocimiento y la información está suponiendo un gran problema para los sistemas capitalistas basados en la propiedad.

¿En qué medida la manía del crecimiento te parece conectada con la intensa explotación de los combustibles fósiles? Periódicamente ha habido preocupaciones sobre el «pico del petróleo» y quizá la gente debería estar más preocupada por ello de lo que lo está.

Los combustibles fósiles fueron una enorme ayuda para el «crecimiento» a corto plazo. Mientras las sociedades dependían mayormente de la energía del sol, como sucedía con los sistemas agrícolas y las economías rurales, el estado estacionario iba prácticamente de la mano, porque la energía solar llega a un ritmo determinado. Con los combustibles fósiles ese ritmo puede dispararse, podemos extraerlos con mayor rapidez y acumular reservas, cosa que no podemos hacer con la energía del sol. Sin esta enorme ayuda las economías no podrían haber alcanzado en absoluto este crecimiento. Ahora, como tú dices, estamos atrapados entre dos diferentes límites posibles. El límite, ¿se originará por mor de la contaminación ambiental y el cambio climático generados por la quema en exceso de combustibles fósiles o procederá del límite provocado por el pico del petróleo? Y eso parece ir de un lado para otro. Con el *fracking* vamos a quemar mucho más así que parece que el clima es el límite más efectivo.

Pero, ¿solo si elegimos hacer que lo sea?

Sí. Creo que parte de la razón detrás de la negación del cambio climático es que si imponemos límites a la quema de todas las reservas de combustibles fósiles que se han descubierto en el subsuelo, muchos de los activos en las cuentas de las grandes compañías petroleras perderían su valor, se convertirían en lo que la gente ha empezado a calificar como «activos en desuso».

En la Universidad de Viena se están llevando a cabo trabajos para medir la energía incorporada en diversas mercancías. En otras palabras, no tanto una teoría del valor trabajo, sino una teoría del valor energía, que sé que se ha discutido teóricamente con anterioridad.

La idea tiene una larga historia en la economía ecológica. Robert Costanza, que era mi socio en la fundación de *Ecological Economies* (la revista y la sociedad), trabajó mucho sobre este tema. La teoría del valor energía fue su gran idea: utilizar el análisis *input-output* para obtener el contenido de energía incorporada. Tengo mucha simpatía por este planteamiento para describir las interrelaciones físicas de la economía: la energía es un significativo denominador común. Sin embargo, no me quedo con la teoría del valor energía.

¿Se trata más de un problema técnico en términos de los tipos heterogéneos de energía? ¿O se trata más de una cuestión filosófica en el sentido de que el valor es en última instancia una utilidad psíquica?

Ambas cosas. El valor es difícil de reducir a una cantidad física. En última instancia, en ese punto, estoy de acuerdo con los economistas neoclásicos: tienes que mirar el aspecto de la utilidad y de la utilidad marginal para explicar los precios y el valor. Definitivamente hay raíces biofísicas del valor, pero también hay raíces ético-sociales; en ese sentido, lo entiendo como la vieja analogía de las tijeras de los economistas: ¿qué hoja de las tijeras hace el corte, la de arriba o la de abajo, el coste o la utilidad? La comprensión del mundo de Howard Odum basada en el flujo de energía ha sido muy influyente en la teoría económica ecológica. De nuevo, se trata de un trabajo verdaderamente interesante, pero tiene un aspecto fundamentalmente determinista, lo cual ha sido un problema para la economía ecológica: reúne a científicos —a menudo ecologistas de carácter materialista— y a economistas; y cuando se llega a políticas públicas, los científicos se escabullen bajo la mesa. Su actitud es descriptiva, no prescriptiva: «Te digo cómo son las cosas, pero no sé cómo deberían ser».

La crítica del determinismo plantea la cuestión de cómo se puede producir la transformación histórica. Si puedo asumir por un momento una posición teórica marxista doctrinaria diría que Engels diferencia entre socialismo científico y utópico y este último depende de una conversión ética para llevarse a la práctica. Si pudiéramos resucitarle, Engels podría decir que tu economía de estado estacionario es demasiado utópica en el sentido de que se tendría que producir una amplia conversión ética para llevar a la gente en esa dirección, mientras que no especificas un proceso histórico material o «científico» susceptible de efectuar el cambio. ¿Qué piensas de esto?

No solo Engels. Por lo que yo se es la posición oficial: es utópico y no se va a materializar. No veo ninguna alternativa a la apelación a la moral, sea suficiente o no, porque no me creo la historia del determinismo y los intentos revolucionarios para «ayudar a que lo determinado se produzca» han sido, con frecuencia, un desastre. Incluso los deterministas ahora parecen haber trasladado sus apelaciones de la historia a la neurobiología.

¿No crees en ello porque piensas que la ética, la moral, las conversiones religiosas tienen un efecto material sobre cómo suceden las cosas?

Sí, el propósito es causativo en el mundo. Si no lo es, entonces todos nos deberíamos ir a dormir.

Bien. Sobre este tema déjame leerte las últimas líneas de tu ensayo de 1987, «Alternative to Growthmania». Decías que «la revolución keynesiana no se produjo porque los argumentos de Keynes fueran irresistiblemente lúcidos e incontestables. Fue la Gran Depresión la que convenció a la gente de que había algo equivocado en la teoría económica». Sugerías que probablemente haría falta una «gran convulsión ecológica» para convencer a la gente de que el actual paradigma económico es insostenible: «Incluso en ese triste acontecimiento, es necesario tener una visión alternativa que presentar». Tres décadas después, ¿cuánto crees que hemos avanzado en ese camino?

Esta es una cuestión muy importante. Desde luego me siento decepcionado porque las cosas no hayan cambiado, ya que pensaba que la evidencia ya era suficiente. Aunque realmente no hemos sufrido una gran convulsión ecológica, hemos tenido muchos costes. Hemos entrado en una era en la que el crecimiento económico se ha vuelto antieconómico, nos está costando más en términos del sacrificio de servicios procedentes del ecosistema que lo que ganamos en términos de los beneficios obtenidos de la producción. No hemos conocido una convulsión, en el sentido de que el ecosistema nos golpee realmente fuerte, pero creo que ello puede estar aproximándose precisamente porque nos resistimos tanto a la idea. La Administración de Trump está proclamando una apuesta total por el crecimiento. Tal vez en este caso la dificultad radique en el concepto mismo de «nosotros». Aunque el crecimiento pueda estar costando más de su valor en términos agregados, hay a quien le sigue yendo muy bien, el famoso 1 por 100. Ellos no pueden reconocer que el crecimiento esté dañándonos a «nosotros», porque no les daña a ellos.

¿Cómo ves el siglo que tenemos por delante? ¿Cuáles son las oportunidades de que surja alguna clase de democracia social de estado estacionario a una escala adecuadamente amplia?

Mi idea general es que no nos tomaremos las cosas en serio hasta que empeoren. En términos globales, la situación tiene mala pinta. Sin embargo, si te fijas en determinados países, el modelo de estado estacionario no parece tan inverosímil. Tomemos el caso de Japón. Actualmente es una economía de crecimiento que está fracasando. Sin embargo, tanto en términos de su actual situación como de su historia, tendría sentido

que en vez de ello Japón escogiera ser una economía de estado estacionario que tuviera éxito. En términos pragmáticos, Japón está cayendo desde una posición económica muy buena. El pueblo japonés se podría estar moviendo hacia el rechazo de la mentalidad del crecimiento: podría decidir que ya ha alcanzado un nivel de riqueza aceptable y que no necesita mejorar y mejorar cada año, especialmente según las indicaciones de una ficticia medida de lo «mejor». También es un país insular, que no cuenta con recursos naturales abundantes y tiene una larga historia de existencia dentro de determinados límites.

Y de ser un país imperialista, supongo.

Sí, pero antes de ello tenían una larga historia de relativo aislamiento frente al comercio global y la carrera del crecimiento. Japón también tiene una población estable, incluso en ligero declive. Además, tiene una distribución de la renta relativamente igualitaria, un sentido muy fuerte de la comunidad y la nacionalidad y una tradición respecto a la producción –sin duda en su pasado reciente– de calidad por encima de la cantidad. Lo denominemos así o no, Japón ya está a medio camino de convertirse en una economía en estado estacionario. Creo que hay posibilidades para países individuales y pequeñas unidades de coaligarse entre sí y hacer cosas, pero esto tropieza con el gran problema que la gente no quiere afrontar actualmente, las fronteras y la inmigración. He tenido muchos problemas con mis amigos progresistas, porque no creo en las fronteras abiertas. Tiene que haber unos controles sociales razonables y leyes democráticamente establecidas que no se pueden simplemente ignorar.

¿Qué piensas del movimiento por el decrecimiento en Europa?

Me muestro muy favorable. Veo a un montón de jóvenes europeos que cuestionan el crecimiento, pero sigo esperando que hagan algo más que eslóganes y desarrollen algo un poco más concreto. Uno de sus fundadores, Serge Latouche, dijo una vez que el movimiento por el decrecimiento era un eslogan en búsqueda de un programa. Esa es mi percepción inicial. Por otro lado, han elaborado recientemente una compilación que contiene las contribuciones de mucha gente, *Degrowth: A Vocabulary for a New Era*, y algunos de los artículos que hay son buenos. Así que tengo esperanzas de que vayan más allá de corear la palabra *décroissance*.

De tu trabajo parece deducirse que un programa adecuado podría ser relativamente simple: puede que no su puesta en práctica, pero sí en lo que atañe a su concepción básica, y que además no necesitaría muchas instituciones.

Tengo esperanzas y sé que Joan Martínez-Alier, un colega de larga data, ha estado activo en el movimiento por el decrecimiento. Josh Farley, con el que he escrito un libro, también contribuyó con un artículo a su compilación. Durante cierto periodo me mostré menos entusiasta sobre el movimiento por el decrecimiento: parecían ser un poco tímidos sobre la cuestión de la población, especialmente sobre la inmigración. Siguen siendo algo tímidos, exceptuando a Martínez-Alier, pero resulta comprensible. Estaban bastante disgustados conmigo, porque dije que las fronteras abiertas eran una mala política. Dije que debíamos aceptar la inmigración, pero no una inmigración ilimitada: hay que tener en cuenta el interés público y cuestiones de selectividad. He encontrado que hay una falta general de voluntad para pensar sobre estos asuntos. Parte de esa falta de voluntad se puede atribuir al hecho de que han tomado a Georgescu, mi viejo mentor, como su póstumo santo patrón. En uno de sus artículos, escrito alrededor de 1970, Georgescu apuntaba hacia las fronteras abiertas y se han agarrado a ello. Georgescu hizo esos comentarios en un contexto determinado –a un grupo de liberales escandinavos– y quizá les estaba pinchando un poco. Por otro lado, el propio Georgescu era un inmigrante rumano, básicamente un refugiado, y se mostraba bastante comprensivo con la inmigración, aunque realmente nunca escribió con detalle sobre el tema. Sin embargo, su problema personal fue escapar de la Rumania comunista, emigración, no inmigración. Si tomas la justicia a escala individual como tu principal objetivo, entonces la migración libre tiene su atractivo. Pero el habitual individualismo de los economistas minimiza los costes sociales que supone para el país de origen el perder a una población joven y suficientemente fuerte como para migrar, y los costes sociales para el país de destino de absorber inmigrantes que hacen presión a la baja sobre los salarios del país. Hay muchas otras consecuencias sobre las que todos necesitamos pensar honestamente, sin las distracciones del lobby capitalista favorable a la mano de obra barata o de los ultraliberales libertarios políticamente correctos.

Hemos abordado el fracaso de las ideas sobre el estado estacionario para abrirse camino en la corriente principal de la teoría económica tal y como se enseña en las universidades. ¿Piensas que hay perspectivas de que la dis-

ciplina se abra para incluir estas ideas de manera rigurosa? ¿O ese trabajo probablemente habrá que hacerlo fuera de la disciplina de la economía?

Creo que finalmente se hará dentro de la economía, pero solamente bajo presión exterior. Ya puedes verlo en algunas universidades. La University of Vermont, especialmente, ahora tiene un buen programa en el que se incluye esta clase de pensamiento. Hubo un programa de becas dirigido a la formación de aproximadamente cincuenta estudiantes de doctorado en teoría económica ecológica entre varias universidades. Vermont era una, Montreal otra. Peter Brown la impulsó. Se está efectuando un esfuerzo en las universidades para ampliar la teoría económica y se acometerán algunas acciones individuales. Hablando de Peter Brown, recuerdo que cuando su institución universitaria le pidió que donara dinero, les escribió diciendo que estaba pensando en incluirla en su testamento, pero que no quería apoyar a ninguna universidad cuyos departamentos de economía enseñasen el crecimiento económico ilimitado. No conozco a mucha gente que ejerza este tipo de presión.

Me parece que durante la década de 1970 había un creciente interés por ideas de este tipo, y después en cierta medida entraron en hibernación hasta mediados de la década pasada. ¿Te pareció ese un periodo en territorio inhóspito?

No cabe duda de que hubo una gran pérdida de interés. Tal vez ahora estemos saliendo de ese territorio inhóspito, aunque solo sea porque esos territorios inhóspitos están desapareciendo.